

revela aspectos internos de la configuración del sistema, que se perciben por contraste con los usos góticos, por ejemplo en el declive de las grafías *lv* y *nv*, que en el siglo XVI competían fuertemente con *lb* y *nb*, o en la citada desaparición de la *j* larga con valor vocálico a lo largo del siglo XVII, que significativamente viene precedida por la restricción en la segunda mitad del XVI a los contextos *mj*, *nj*, *uj* (Díaz Moreno 1999: § 3.2.1.2.4.), que no por casualidad son los mismos por los que empezó su uso en la escritura castellana de los siglos XII y XIII. Factores internos y factores culturales⁸ se dan la mano en la evolución de la manuscritura y si me referí a los primeros para intentar explicar el progreso de la cursividad, aquéllos no pueden ser incompatibles con el marco histórico, y aun con hechos materiales, extrínsecos a la estructura interna del nivel paleográfico-gráfico, pero que la condicionan, como es la sustitución del pergamino por el papel, pues «permite» un peor aprovechamiento de la página propio de la cursiva. Es cosa sabida que el que la escritura saliera del ámbito de catedrales y monasterios, hecho que se produce progresivamente desde la segunda mitad del siglo XII, redundará con el tiempo en una diversificación notable de la misma, de modo que los caracteres individuales aflorarán más en la cursiva del siglo XIV que en el estrecho molde que imponían las tradiciones librerías y documentales anteriores.

He hablado de inmanentismo metodológico, y habrá quien lo defienda para la paleografía, siquiera en principio, como hace Ángel Riesco en una larguísima definición con que matiza el capítulo introductorio de Carlos Sáez y Antonio Castillo al manual que el propio Riesco coordina: «por Paleografía se entiende: la disciplina científica de carácter teórico práctico, con campo, métodos y técnicas propias, que se ocupa del conocimiento y valoración global de la escritura y de los testimonios escritos de todos los tiempos [...]», testimonios escritos que este autor propone estudiar «en cuanto signo humano, testimonio y manifestación socio-cultural con funciones concretas [...] cuyo estudio y análisis antropológico, crítico y cultural permiten no sólo la lectura e interpretación correctas de los textos y mensajes [...] sino también su fijación crítica, su valoración y función social, cultural y administrativa», y esos objetivos se concretan en determinar el «origen, evolución, datación identificación y atribución, tanto de la letra y contenido textual como de su autor y autores, de sociedad, mentalidades, niveles y situaciones: culturales, económico-sociales, ambientales y personales y, no menos, su valor filológico, lingüístico, histórico-social, político y jurídico-administrativo, siempre en íntima conexión con la tarea común

⁸ Evito el adjetivo «externo» por la connotación de «marginal» que tiene, incompatible con el peso transcendental que tiene lo histórico-cultural en la evolución de la escritura.

investigadora del resto de ciencias, principalmente de las historiográficas, filológicas, sociales, jurídico-administrativas, informáticas y archivísticas» (Riesco 1999:30). Desde luego, bien lejos quedan los «métodos y técnicas propias» de la paleografía de la consecución de unos objetivos tan amplios, pues serán necesarios los de la semiología y la lingüística para entender la escritura como «signo humano» (o sistema de signos), los de la crítica textual para la «fijación crítica» de los textos y mensajes, los de la historia para valorar su «función social, cultural y administrativa». Concebida así, la paleografía resulta desde luego una materia interdisciplinar, pero queda disminuida ante las proporciones de la lingüística, la crítica textual y la historia, pues para las vastas tareas encomendadas «las técnicas y métodos propios» representan una parte del método, ciertamente que imprescindible, pero sólo una parte. En lo que concierne a la «fijación de los mensajes», la crítica textual ha desarrollado una metodología compleja, en la que ocupa su lugar la paleografía (y diré que no un lugar auxiliar) pero la paleografía ni siquiera entendida como estudio integral de la escritura y lo escrito puede sustituir a la crítica textual en la labor de editar los textos. Dicho de otro modo: sin paleografía no hay crítica textual, pero la paleografía no es la crítica textual.

El problema, por tanto, no está en la inmanencia metodológica, sino en los objetivos. La historia de la lengua no tiene «un» método, y somos mayoría los historiadores de la lengua que no nos adscribimos a ningún modelo metodológico de los que se han propuesto a lo largo del siglo XX. Los principios y técnicas de la sociolingüística cuentan con bastante aceptación por su capacidad de explicar cómo funciona la lengua en el seno de una sociedad; harina de otro costal es que esos principios y técnicas se puedan aplicar empíricamente en el estudio histórico de la lengua. Pero el objeto de la historia de la lengua sigue siendo bastante claro, aunque bien difícil: entender el cambio lingüístico, tomado en general y en particular, explicar por qué y cómo cambian las lenguas a lo largo del tiempo y por qué y cómo se ha producido cada cambio. Y para ello ha aplicado principios y métodos de enorme disparidad, cualitativos y cuantitativos, que consideran centrales la intención comunicativa, la tipología lingüística, la interferencia entre lenguas, los principios universales de la evolución de las lenguas, las influencias culturales, los movimientos de población... y hasta la calidad del agua que bebían nuestros antepasados⁹, y no uno solo para explicar cada

⁹ Me refiero a la relación que Gregorio Salvador establece entre pobreza en flúor del agua en el norte de España, caída de piezas dentarias y pronunciación bilabial y luego aspirada de la F- inicial latina.

fenómeno, pues éstos y otros principios y propuestas se han combinado en diversas proporciones según el caso estudiado, y según la inclinación teórica del estudioso. Eso sí, debería quedar salvaguardado el principio empírico de la necesidad de captación rigurosa de los datos en las fuentes escritas del pasado, por lo que el método textual tendría que ser punto de partida imprescindible, por más que no siempre se haya entendido así ni aun hoy todos lo entiendan.

No ha de verse en esta amplitud de enfoques de la investigación en historia de la lengua un mero eclecticismo metodológico, ni una forma de «pensamiento débil»; la gradación entre los diversos planteamientos, la selección de unos frente a otros viene establecida por el problema concreto que se estudie, y en la trayectoria histórica de la disciplina, comparable, por cierto, a la de la paleografía, se ha ido produciendo una decantación de los mismos. Esa variedad de enfoques, en suma, es el resultado de la complejidad del objeto estudio.

8. Con sus errores, tropiezos y contradicciones, pero también con sus logros, la historia de la lengua proporciona a mi entender una experiencia apropiada, por su valor ejemplar, para la renovación de la paleografía. La paleografía habrá de definir mejor su objeto si quiere seguir siendo una disciplina innovadora, y ese objeto no se me ocurre que pueda ser otro que la evolución de la escritura a lo largo del tiempo, que no por casualidad es el mismo de la vieja disciplina a la que Traube puso por rótulo «paleografía histórica». En suma, «viejos problemas, nuevos métodos», según el lema que la lingüística románica ha aireado tantas veces. Pero ¿sólo «viejos problemas»? No del todo. Porque el método apropiado perfila mejor el objeto, y redescubre dimensiones antes no intuitas o no claramente perfiladas.

La evolución de la escritura es, a mi entender, el resultado de la interacción de factores «internos» y «socio-históricos» a lo largo del tiempo, ni más ni menos como en el cambio lingüístico. Sin declararlo explícitamente, a esa interacción apunta Riesco (1999:30), si he entendido bien su propuesta metodológica, cuando señala la necesidad de conjugar paleografía de lectura, paleografía de análisis gráfico-estructural y estudio de la historia, evolución y difusión de la escritura y funciones socioculturales de la misma. Ningún método sobra con tal de que sea apropiado al objeto, que para Riesco es, en el párrafo conclusivo de su densísima propuesta, que pueda «llegar a descubrirse o, al menos, vislumbrar la historia, valor social y verdadero significado de la escritura»; y a esa interrelación entre aspectos internos y «socio-históricos» señala igualmente cuando distingue entre el «substrato» en el que «conviven de forma armoniosa ideas, imágenes y

palabras o sonidos» y «bajo ellas, reflejos de situaciones, tendencias y actos, socio-culturales y jurídico-administrativos de la vida humana y, en definitiva, parte esencial de la Historia en sentido más amplio». Estoy de acuerdo, y el planteamiento de Riesco se podría resumir tomando prestadas las clarividentes palabras que Lapesa aplicaba a la historia de la lengua hace medio siglo: «la historia de la escritura sólo tiene sentido como una parte de la Historia general». Claro que lo difícil será acertar en las explicaciones que se propongan en ese marco de la Historia general, y para ello una descripción lo más exacta y completa posible de los aspectos internos resulta indispensable¹⁰.

Justo en estos aspectos internos de la escrita habrá que insistir aquí, porque en el término *paleografía* y más aún en el adjetivo *paleográfico* subyace una ambigüedad radical que dificulta comprender cómo se organizan esos factores internos. Porque al identificar paleografía con estudio de la escritura antigua se oscurecía la distinción de niveles de análisis, de tal manera que «paleográfico» iba referido tanto a la forma de las letras como a los grafemas (o letras) de las que esas formas son concreción o materialización¹¹. En esa fluida interacción entre nivel paleográfico (forma de las letras, cristalizadas a veces en alógrafos), nivel gráfico (grafemas o letras) y nivel fonético-fonológico (valores fonéticos y fonemas) está a mi entender la clave del funcionamiento interno de la escritura, pero ese funcionamiento no es autónomo, sino que sólo puede comprenderse y explicarse en el marco de la historia general. Que a la discipline que estudie la evolución de la escritura se la llame Historia de la escritura, Paleografía o Paleografía histórica no es lo más relevante, aunque creo menos ambiguo el primer rótulo.

9. En el manual coordinado por Riesco (1999:30) Castillo y Sáez presentan un esquema en el que se distingue entre a) Paleografía de lectura, b) Paleografía de análisis y c) Historia social de la cultura escrita. Las dos primeras son consideradas por estos autores como disciplinas auxiliares de la Historia, Filología, Codicología, Diplomática, etc. La segunda, como una

¹⁰ El propio Lapesa (1951) se equivocó al atribuir la apócope de la vocal -e en *mont*, *fuert*, *noch* etc. al influjo francés y a vincular su declive a la animadversión que el rey Alfonso X sentía hacia los franceses por el «fecho del imperio». No tuvo suficientemente en cuenta los condicionamientos del contexto fónico en el origen de la misma, y tampoco el hecho de que sea muy frecuente en las obras alfonsíes.

¹¹ A lo que se sumaba la ambigüedad del término escribir, pues para Millares Carlo (1983) la Cuarta Parte de la General estoria la escribió Pérez de Maqueda, dando por supuesta la referencia a la escritura del códice, mientras que el historiador de la literatura se sorprenderá de esa identificación entre obra y códice (en este caso, del escritorio real).